

El pensamiento social francés en la sociología mexicana

RICARDO POZAS HORCASITAS

EL PASADO FUE HUMANISTA

EL PRIMERO DE LOS PROBLEMAS a los que se enfrenta quien desea hacer un recorrido por la influencia francesa en las ciencias sociales en México y América Latina, es que no todo producto intelectual en Francia ha sido creado por los franceses (aunque se considere francés); el segundo es que el tema como tal resulta inabarcable y prácticamente inagotable, pues no hay manifestación cultural significativa en las ciencias sociales que no tenga como referente su cuota gala.

La estrategia que he adoptado para abordar el problema de la influencia francesa en las ciencias sociales mexicanas es realizar la reconstrucción general a partir de los principales problemas que ellas se han planteado en las distintas etapas del pensamiento social contemporáneo en América Latina.

Los rastros que seguiré en la reconstrucción histórica serán los dejados por las revistas académicas e intelectuales y algunas de las obras publicadas por editoriales iberoamericanas.

En la primera etapa (1939-1950), la influencia francesa aparece en las páginas de la *Revista Mexicana de Sociología* bajo forma esencialmente abstracta y analiza problemas teóricos propios de la tradición del conocimiento francés y europeo. Desde el primer número (marzo-abril de 1939) el texto francés coexiste con el latinoamericano escrito por los especialistas más renombrados de la época, como Lucio Mendieta y Núñez, Recasens Siches, Francisco Rojas González, Manuel Gamio, Antonio Caso, todos ellos pioneros de las disciplinas sociales mexicanas.

El primer texto de un francés aparecido en una revista académica es el ya clásico trabajo de Raymond Aron sobre “El concepto de clase”,¹ en este trabajo, el

¹ Raymond Aron, “El concepto de clase”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 1, vol. 1, núm. 1, marzo-abril de 1939, IIS-UNAM, p. 106.

“En una palabra, una teoría es indispensable para comprender singularidades y regularidades, estructura y evolución” (p. 106).

autor plantea el problema del estatuto teórico del conocimiento sociológico; el texto constituye el primer diálogo teórico entablado entre la sociología contemporánea mexicana y el mundo europeo a través de un gran intelectual francés. Hoy, paradójicamente, a 64 años de distancia, podríamos decir que el reto planteado en el origen es aún parte del fin en las ciencias sociales y que, simbólicamente, la búsqueda de la respuesta planteada en el principio se encuentra presente en los problemas teóricos formulados a finales de este siglo. El mundo de la teoría es casi un círculo que se recrea, se abre y se cierra en la búsqueda de los contenidos de la interacción social de la sociedad moderna.

Dicho texto convive con una sociología mexicana cuya fuerte carga filosófica es deudora de la filosofía positiva decimonónica, que incorpora además a Bergson. Esta sociología filosófica mexicana, desarrollada por los mexicanos, está más enraizada en los problemas “*del hombre, del ser*”, que en los que constituyen las relaciones sociales y políticas. Entre los principales representantes se encuentran: Antonio Caso² y los dos grandes ensayistas mexicanos: José Vasconcelos y Alfonso Reyes.³ Para la sociología francesa, el vínculo entre esta disciplina con la filosofía y sus problemas es permanente. Veinte años después, en los cursos de sociología dados en el ciclo 56-57 en la Sorbona, Aron afirmó lo siguiente:

[...] la sociología [...] se esfuerza por dar a los problemas planteados por la filosofía política una formulación precisa y respuestas posibles. Si cesa de estar inspirada u orientada por cuestiones de alcance filosófico, corre el riesgo de perderse en estudios de detalle cuyo rigor mismo no bastaría para asegurar el interés [...], nuestra disciplina cesaría de ser un conocimiento empírico y objetivo si pretendiese aportar a las cuestiones filosóficas una respuesta dogmática.⁴

En un diálogo permanente con la tradición sociológica (en el que siempre están presentes Marx y Tocqueville) y en un esfuerzo por caracterizar a la sociedad de la posguerra, Aron⁵ aborda el problema de las simplificaciones y las previsiones dogmáticas que desvían a la sociología rumbo a la ideología, al

² La *Sociología* de Antonio Caso fue un texto fundamental en la formación de la capa intelectual mexicana y sirvió de base para la carrera de derecho, en donde el filósofo mexicano impartía la cátedra de sociología en la llamada Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Su primer ayudante en la cátedra fue Daniel Cosío Villegas y el segundo, Gilberto Loyo.

³ Conversaciones con Abelardo Villegas.

⁴ Raymond Aron, “La lucha de clases”, Barcelona, Seix Barral, 1965, p. 270. La versión francesa fue editada por Gallimard un año antes.

⁵ Los cursos impartidos por Raymond Aron en la Sorbona entre 1956 y 1957 aparecieron publicados bajo el título de *La lutte des classes*, París, Editions Gallimard, 1964. La versión española apareció al año siguiente bajo el título *La lucha de clases: dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Seix Barral, Barcelona, 1965. Para el renombrado condiscípulo de Jean Paul Sartre y Nissan, “el estudio de los hechos sociales o de los mecanismos económicos, determina los resultados probables de una decisión o el género de ventajas e inconvenientes que presenta un régimen; raramente se puede, quizá no se pueda determinar jamás, en nombre de la razón científica, la decisión que conviene tomar o el régimen que se debe escoger porque no hay acto que no comporte inconvenientes, ni régimen que carezca de defectos” (p. 270).

aseverar que “la teoría debería salir de la investigación empírica, si no demostrada, por lo menos confirmada”.⁶

A principios de los años cuarenta se tiende otro puente entre el pensamiento social francés y la “intelligentsia” latinoamericana, por el cual cruzarán el Atlántico los más novedosos productos del saber galo: *Cuadernos Americanos*.⁷ Esta revista surge de la iniciativa de Juan Larrea, León Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y Jesús Silva Herzog.

Cuadernos Americanos logró concertar la parte importante de la intelectualidad mexicana y latinoamericana, así como de la España “trasterrada” —el concepto es acuñado por don José Gaos— y la España de la península sin faltar intelectuales estadounidenses y franceses, quienes publicaron en ella las primeras versiones españolas de textos que hoy son clásicos en la literatura de las distintas especialidades del conocimiento social y humanista.

La reflexión de la tercera y cuarta década del siglo XX en México tenía como afluentes el pensamiento histórico filosófico: la filosofía del derecho, un indigenismo surgido en el llamado “período clásico” de la antropología mexicana y un historicismo más marcado por el testimonio y el ensayo reflexivo que por un conocimiento sistemático de los fenómenos históricos.

Dos de los filósofos de la historia que más influyeron en el México de esas décadas fueron el español José Gaos⁸ y el mexicano Samuel Ramos. En ambos casos se confirma la tradición del conocimiento humanista constituida por la reflexión especulativa sobre la sociedad y sus avatares en el tiempo. Tanto en uno como en otro es clara la búsqueda de la unidad totalizadora del conocimiento humanista y social, fundada en la convergencia de la filosofía, la historia y las llamadas disciplinas sociales de su tiempo, no obstante la terquedad contemporánea de sólo resaltar sus especificidades.

Para estos filósofos que reflexionaban sobre lo social, hay un ámbito del saber al que da origen la relación entre filosofía, historia y disciplinas sociales, que resuelve problemas sustantivos al desarrollar un conocimiento que las vertebra o, para dar una imagen más clara, que anuda los cabos de estas tres modalidades del saber sobre lo humano al reflexionar acerca del contenido de sus supuestos epistemológicos.

La reflexión filosófica sobre la teoría de lo social se mantiene en el plano de los supuestos epistemológicos y sostiene que la revisión constante de los

⁶ *Ibidem*, p. 107.

⁷ “La revista nació —escribe Jesús Silva Herzog— al calor de tres conversaciones de sobremesa entre los poetas Juan Larrea, León Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y el que esto escribe. Resolvimos, en nuestro entusiasmo, editar una revista de ámbito continental ante la urgencia de enfrentarnos a los problemas que reclamaba la continuidad de la cultura en aquellos años dramáticos de la segunda guerra mundial.” Jesús Silva Herzog, “Primer prefacio”, *Índices 1942-1952*, en *Índices 1942-1952*, p. V.

⁸ En la *Revista Mexicana de Sociología* aparecen los siguientes artículos de José Gaos, “Individuo y sociedad”, vol. 1, núm. 3 (julio-agosto, 1939), pp. 7-16; José Gaos, “Sobre la sociedad e historia”, vol. 2, núm. 1 (enero-marzo de 1940), pp. 5-21.

fundamentos del saber contribuye a ampliar el alcance de los métodos y las categorías centrales de las teorías en las ciencias del hombre.

Es importante la influencia de Martin Heidegger, cuya obra *El ser y el tiempo* fue traducida por José Gaos.⁹ En torno a su seminario, se creó el grupo del Hiperión, que fue uno de los espacios donde surgió la corriente llamada *filosofía de lo mexicano*, muy influida por Gaos y su versión heideggeriana del tiempo. Esta filosofía “temporalista” —el adjetivo es de Ortega y Gasset—¹⁰ sustenta la interpretación de la identidad mexicana en torno al tiempo y sus múltiples *filosofemas* (como dijera don José Gaos): azar, insustancialidad y muerte.

La dos obras culminantes de esta época son, por una parte: *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934,¹¹ texto que abreva en el *neocriticismo*, el *vitalismo francés* y la *filosofía de la libertad*. Todas estas teorías eran una reacción en contra del materialismo y la tradición positivista.

La otra obra culminante de la época es *El laberinto de la soledad*, 1959,¹² de Octavio Paz. Dicho texto sintetiza la tradición de análisis de lo mexicano, y en él se concilia el neocriticismo galo y el existencialismo de Camus, el indigenismo mexicano y el ensayo iberoamericano.

Detrás de estos dos grandes ensayos, que definen y forman a varias generaciones de intelectuales en México, se encuentra un diálogo vivo con lo mejor de la cultura francesa; en el primero, con Boutroux y Bergson,¹³ en el segundo, con este último y las vanguardias francesas.

El conocimiento de la relación entre filosofía y ciencias del hombre dejó una primera huella en la sociología y las ciencias sociales mexicanas; pero su rastro se perdió en el origen de su camino y hoy queda en el olvido.

⁹ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951. Es importante consultar la obra de José Gaos, Introducción a *El ser y el tiempo*. Esta obra, junto con la primera, fueron la base del seminario de filosofía que el maestro impartió en la Facultad de Filosofía y Letras, seminario que dio origen al grupo “Hiperión”, de donde surgieron Leopoldo Zea y Manuel Uranga. Es importante resaltar también la influencia de Hegel en el filósofo español, quien cuenta que José Gaos era muy dado a calificar a sus alumnos de “geniales” o “tontos”. Conversaciones con Abelardo Villegas.

¹⁰ La relación entre José Gaos y Ortega y Gasset fue muy estrecha; éste no sentía una especial inclinación por Martin Heidegger, pues decía que lo que el filósofo alemán había dicho, él ya lo había escrito antes, aunque fuera en unas cuantas líneas. El disgusto entre Gaos y Ortega —según refiere Abelardo Villegas que le contara Leopoldo Zea— surgió a raíz de la invitación de visitar México que Gaos hizo al filósofo español, quien le contestó que él no iría “a un país de bárbaros”.

¹¹ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Imprenta Mundial, 1934, 181 pp. El filósofo mexicano publica en la revista *Cuadernos Americanos* varios artículos importantes, entre los que destacan: “La influencia de la cultura francesa en México”, sep.-oct. de 1944, pp. 140-153; “Planteación de los problemas humanos de la postguerra”, nov.-dic. de 1945, pp. 35-58; “Responsabilidad e irresponsabilidad de los filósofos”, nov.-dic. de 1948, pp. 83-97; “El mexicano en busca de lo mexicano. En torno a las ideas sobre el mexicano”, may.-jun. de 1951, pp. 104-114.

¹² Una primera versión de “El laberinto de la soledad”, aparece en *Cuadernos Americanos*, sep.-oct. de 1949, pp. 17-30; ene.-feb. de 1950, pp. 79-92. Una segunda versión “revisada y aumentada” apareció en el Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 193 pp.

¹³ En el caso de Samuel Ramos, es importante revisar el trabajo *Hacia un nuevo humanismo*, aparecido en 1940, donde fija su posición frente a filósofos como Boutroux, Bergson, Ortega y Gasset, Hartman y Husserl.

En una revisión pausada de los primeros *Catálogos de publicaciones* del Fondo de Cultura Económica de 1934, aparece ya una cantidad significativa de traducciones de autores franceses contemporáneos o clásicos de las ciencias sociales en Francia; entre otros, encontramos: los *Primeros ensayos* filosóficos de Augusto Comte, los textos sobre Voltaire, Proudhon, Fourier, Diderot; la *Historia de Francia*, de André Ribard y, como reza el catálogo, *Orígenes del capitalismo moderno*, de Henri Sée (antiguo profesor de la Universidad de Rennes). Estas historias económicas y políticas abrirán la brecha en el conocimiento latinoamericano para crear obras notables de la historiografía.

Unos años después, entrarían en la escena intelectual mexicana y latinoamericana los grandes de la escuela de los *Annales*: en 1950, Marcel Bataillon con su *Erasmus y España*; Lucien Febvre, con su *Martín Lutero, un destino*, que se publica en Francia en 1928 y aparece en México a principios de los cincuenta (Breviario, 1951), o el de Marc Bloch, *Introducción a la historia*, 1952; y en 1953 aparece en lengua española el trabajo de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En relación con Braudel, es importante señalar que el famoso texto titulado *Historia y ciencias sociales: la larga duración*, aparece en México sólo un mes después de haberse publicado en francés.¹⁴ Para mediados de los años cincuenta, el inmenso capital intelectual de la historiografía francesa formaba parte del acervo bibliográfico mexicano y latinoamericano.

Sin embargo, los ensayos y trabajos históricos sobre México tuvieron que esperar más de dos décadas para reprocesar e incorporar esta influencia teórica e historiográfica, francesa y europea en general.

En dicha época, una dimensión significativa en el tratamiento de los problemas del pasado fue la reducción del tiempo histórico mexicano a la linealidad cronológica y al acontecimiento como su único desarrollo posible, condenando al conocimiento a una visión cerrada y autorreproductora de los procesos. En la mayor parte de los casos de historiografía mexicana no hubo análisis de las tendencias sociales que explican la historia, sino más bien una historia de la política cuyos significados no trascienden el puro acontecimiento y su individualización, característica del estudio historiográfico de la época. A esta ausencia se añade la del análisis comparativo así como la de la simultaneidad como dimensiones analíticas en el tratamiento histórico mexicano.

La ausencia del análisis comparativo, tan recurrente en la historiografía francesa, aumentó la tendencia al exclusivismo del fenómeno histórico-político mexicano, sobre todo en lo referente a la Revolución y sus consecuencias. Esta

¹⁴ Fernand Braudel, "Histoire et science sociales: la longue durée", *Annales E.S.C.* núm. 4, oct.-dic. de 1958. "Débats et combats", pp. 725-753. La versión en español aparece en *Cuadernos Americanos*, nov.-dic. de 1958, pp. 73-110. Según Jacques Le Goff, este texto fue escrito ante el peso que empezó a tener el estructuralismo de Lévi-Strauss en el historicismo francés, conferencia dada en el IFAL, México, miércoles 13 de octubre de 1993. Una de las influencias más importantes del estructuralismo fue la incorporación de lo diacrónico en sincrónico (aportado por Saussure) al tema del concepto de "tiempo".

noción ideológica hace aparecer los hechos, en el discurso historiográfico de la época, con la misma carga mítica con la que aparece en la retórica política: “como un fenómeno único e incomparable”.

El hincapié en la exclusividad de la Revolución mexicana permite todo tipo de excesos en la interpretación de la historia política del país y omite su inserción en los procesos globales.

Al final de la década de los cincuenta el análisis de la Revolución mexicana empieza a permearse por las concepciones teórica y analítica de las disciplinas sociales, y aparecen en el campo intelectual mexicano los otros textos que rompen con la tradición historiográfica revolucionaria.

El análisis cultural, el de los mitos, creencias y ritos que forman el basamento de los estudios antropológicos y etnográficos funcionalistas,¹⁵ comunes en las disciplinas sociales dominantes en las décadas de los cuarenta y cincuenta de este siglo (prolongando su peso en el conjunto del conocimiento social hasta mediados de los años sesenta), no lograron permear la historiografía de la época. Nunca se hizo un estudio histórico del ritual político, pues los ritos eran considerados potestad de las sociedades indias.

La obra de Mircea Eliade, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, aparece en francés en 1951 y en español en 1960. La de Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje* (editada en Francia en 1962) veía la luz en México en 1964, publicada por la misma editorial. La literatura antropológica mexicana debía esperar un poco más para contar con la obra de Marcel Mauss.

La década de los cincuenta no sólo vio, en sus inicios, la consolidación de las teorías en sociología y antropología sobre el mundo agrario, sino que —hacia mediados del decenio— ve aparecer en el imaginario intelectual un nuevo paradigma¹⁶ que orienta el sentido de las preguntas fundamentales del conocimiento y de la práctica ideológica: *el desarrollismo*.

¹⁵ De entre los clásicos de la antropología que publicó la *RMS*, se encuentran los trabajos de Bronislaw Malinowski. Véase “El grupo y el individuo en el análisis funcional”, vol. 1, núm. 3 (jul.-ago. de 1939), pp. 111-133, y “Un análisis antropológico de la guerra”, vol. 3, núm. 4 (oct.-dic. de 1941), pp. 139-149.

¹⁶ Tomo “paradigma” en el sentido kuhniano. En su trabajo *La estructura de las revoluciones científicas*, el autor afirma: “Principalmente, me asombro ante el número y el alcance de los desacuerdos patentes entre los científicos sociales sobre la naturaleza de problemas y métodos científicos aceptados. Tanto la historia como mis conocimientos me hicieron dudar de que quienes practicaban las ciencias naturales poseyeran respuestas más firmes o permanentes para esas preguntas que sus colegas en las ciencias sociales. Sin embargo, hasta cierto punto, la práctica de la astronomía, de la física, de la química, o de la biología, no evoca, normalmente, las controversias sobre fundamentos que, en la actualidad, parecen a menudo endémicas, por ejemplo, entre los psicólogos o los sociólogos. Al tratar de descubrir el origen de estas diferencias, llegué a reconocer el papel desempeñado en la investigación científica por lo que desde entonces llamo ‘paradigmas’. Considero a éstos como realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica.” T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, Breviario núm. 213, 1986, p. 13.

LA ESPECIFICIDAD DEL CONOCIMIENTO

La década de los cincuenta marca el inicio de la cientificidad de las disciplinas sociales en México y en América Latina. En el caso mexicano concurren diversos fenómenos políticos que compaginan el cambio interno con las transformaciones surgidas en el mundo de la posguerra.

Las transformaciones operadas en la realidad mexicana constituyeron los indicadores de un cambio histórico que requirieron nuevas teorías y metodologías para ser explicadas: uno de los cambios importantes en el ámbito de la política fue el paso del militarismo al civilismo, a mediados de la década de los años cuarenta, y la constitución de nuevas reglas de juego para dirimir los conflictos en el interior de la coalición gobernante.

En el cambio del militarismo al civilismo, la Secretaría de la Defensa pasa a un segundo plano frente a las Secretarías que impulsan el desarrollo económico: Economía (después Hacienda y Crédito Público) o Industria y Comercio y Comunicaciones.

Este proceso estuvo envuelto en el “clima” ideológico del proteccionismo y desarrollo de la industria nacional, del Estado promotor de los nuevos “emprendedores” nacionales.

Es la época de la ideología de la integración nacional y la aceleración del indigenismo como política prioritaria de Estado; de una posición de integrar a los indios mediante la lengua nacional.

Para América Latina se inicia un proyecto metropolitano de desarrollo que articula el conjunto de políticas internas de industrialización e integración con un proyecto regional.

Estos procesos influyen directamente en las disciplinas sociales, y sus objetivos se vuelven más específicos y menos especulativos; el paso de los problemas del hombre a los de las sociedades particulares y los problemas concretos se da en este entorno histórico.

DESARROLLO Y DESARROLLISMO

Al terminar la segunda guerra mundial, parecía que algunos países de América Latina estaban en condiciones de completar el proceso de formación de su sector industrial y de iniciar transformaciones económicas y sociales capaces de lograr un desarrollo autosustentado.

Uno de los antecedentes teóricos del llamado *desarrollismo* se encuentra en las investigaciones de Colin Clark, antes de la segunda guerra mundial. En su trabajo *The Conditions of Economic Progress*, aparecido en 1938, el economista estadounidense aborda las diferentes estructuras de los sistemas de producción a partir de analizar la utilización del factor trabajo. Sus investigaciones estadísticas (basadas en datos nunca antes agrupados ni sistematizados de manera coherente)

demonstraron una elevada correlación entre la composición de la población activa y el nivel de ingreso por habitante.¹⁷

El trabajo de Colin Clark puso en evidencia que no puede haber desarrollo sin industrialización, que dicho desarrollo se logra mediante hondas transformaciones en las estructuras económicas y sociales y que el fenómeno de la elevación persistente en los niveles de bienestar había beneficiado tan sólo a una pequeña porción de la humanidad.

Al finalizar la segunda guerra mundial, en el clima de la reconstrucción europea, se inicia y amplía la discusión acerca de las condiciones que un país debe poseer para que su economía se desarrolle con rapidez y estabilidad. Volvió a la escena la idea de que el desarrollo se consigue mediante el recorrido y superación de una secuencia de fases a manera de una carrera de obstáculos.

La formulación más sistemática de la concepción del desarrollo mediante el recorrido y superación de una secuencia de fases corresponde a W. Rostow en una trilogía¹⁸ que culmina con su obra: *The Stages of Economic Growth, A Non Communist Manifesto*. En “la sociedad tradicional” rostowiana, la estructura es determinada por funciones de producción limitadas, basadas en la ciencia, la tecnología y —según la denominación de Rostow— en actitudes “prenewtonianas” respecto del mundo físico. En dicha sociedad, los cambios se procesan con extraordinaria lentitud debido a su bajo nivel de productividad. La mayor parte de la población trabaja en la agricultura, lo cual se traduce en una rígida estructura social. Como consecuencia, la estructura del poder político queda controlada por los propietarios de la tierra. La sociedad tradicional no es sinónimo de sociedad *estacionaria*: su población puede aumentar, y nuevas formas de producción —entre ellas la manufactura— pueden desarrollarse en su seno.

La segunda etapa es de transición. En ella se produce un nuevo germen de proyecto de vida, puesto en marcha en los países no europeos occidentales por presiones externas. Es el producto de: *a*) la influencia en los procesos de producción de una ciencia experimental; *b*) del previo ensanchamiento de los mercados mundiales y de la competencia que existe en ellos; *c*) en el plano político, la transición marca el nacimiento del Estado-nación centralizado y eficaz.

La tercera es la etapa crítica o del *take-off* (despegue), pues en ella ocurren cambios tanto en la estructura económica como en las formas de comportamiento:

¹⁷ La proporción de población ocupada en las actividades primarias (agricultura, ganadería y pesca) surge como una función inversa del nivel del ingreso por habitante. El empleo de mano de obra en el sector secundario (industria en general), aumenta rápidamente durante cierto período, en el que se eleva concomitantemente el nivel de ingreso por habitante, para luego estabilizarse. En la fase superior del desarrollo, será el sector terciario (servicios en general) el que empleará más mano de obra. Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress*, 1938, citado por Celso Furtado en *Teoría y política del desarrollo económico*, Siglo XXI Editores (segunda edición revisada y aumentada), p. 117.

¹⁸ Las tres obras de W. Rostow son *The Process of Economic Growth*, Oxford, 1953; “The Take-off into Self-Sustained Growth”, *Economical Journal*, marzo de 1956; y “The Stages of Economic Growth”, *Economical Historical Review*, agosto de 1959. Este texto aparece como libro en 1960 y, en su versión en *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, en junio de 1961, publicado por el FCE.

Exige que coexistan las tres condiciones siguientes, a la vez interdependientes: *a)* elevación del coeficiente de la inversión productiva, que pasaría de un 5% a 10% del ingreso nacional; *b)* la implantación de uno o varios sectores de industrias de transformación que se expandan a ritmos acelerados, y *c)* la implantación o la rápida institucionalización de un aparato político y social, base de profundización de las tendencias expansionistas del sector moderno, también capaz de realizar economías en la compra de los productos externos, a la vez que transformar el crecimiento en fenómeno de larga duración.¹⁹

Este *take-off* debe ser un impulso súbito y brusco, exógeno al sistema económico.

El impulso del factor exógeno a que se refiere puede originarse en el plano político, como por ejemplo el caso de una revolución que modifique el equilibrio del sistema del poder, abriendo el paso a la sustitución de los grupos tradicionales por grupos progresistas, o el impulso que se desencadene desde el plano tecnológico o en el de las relaciones internacionales.

La cuarta etapa es la continuación del *take-off* en una marcha hacia la madurez, que acarrea modificaciones de consideración en la composición de la población activa, despeja el camino hacia la preeminencia de la clase de gerentes y empresarios, e implica cambios importantes en las actitudes de la población, que entonces ya no creará en los milagros de la industrialización.

La quinta etapa es la era del consumo de masas. La inmensa riqueza que se acumula podrá ser utilizada como base de una política de poder o influencia exterior: o se edificará el Estado benefactor o servirá para financiar una rápida expansión del consumo en gran escala.

El “despegue” puede tener diversos orígenes: el impulso súbito y rápido, exógeno al sistema económico, puede originarse en el plano político, como por ejemplo *una revolución* que modifique el equilibrio del sistema de poder, abriendo paso a la sustitución de los grupos tradicionales por grupos progresistas; es posible que el impulso se desencadene desde el plano tecnológico o en el plano de las relaciones internacionales. El *factor exógeno* es un agente catalizador que interviene en el proceso en el momento más oportuno.²⁰

Raúl Prebisch propuso otro importante perfil de la base histórica orientado a explicar el desarrollo de la economía moderna de dos maneras: *a)* el análisis de la propagación de la tecnología moderna y *b)* la distribución de los frutos del progreso técnico.²¹

La característica más importante de la economía contemporánea —según Prebisch— es la coexistencia de un centro que produce desarrollo tecnológico

¹⁹ Celso Furtado, *Teoría y política del desarrollo económico*, p. 130.

²⁰ *Op. cit.*, p. 130.

²¹ Las ideas centrales del pensamiento de Raúl Prebisch aparecen por primera vez en “El desarrollo en América Latina y algunos de sus principales problemas” (CEPAL, mimeografiado, 1949), que fue reproducido en el *Boletín Económico para América Latina*, CEPAL, febrero de 1961.

con una vasta y heterogénea periferia. El centro tampoco es homogéneo, pues está formado por subconjuntos de importancia desigual.

Las relaciones entre el centro y la periferia contribuirán a los fenómenos de la concentración del ingreso en escala mundial, cuyo principal aporte proviene del deterioro en los términos del intercambio de los países periféricos, lo cual favorece a los países del centro.

El desarrollismo es una ideología que concibe el movimiento de la sociedad global en un sentido concéntrico: del subdesarrollo al desarrollo; históricamente hablando, se sustenta en una noción del tiempo uniforme y lineal, bajo el supuesto evolucionista de que un estadio superior contiene desarrolladas las características esenciales de los estadios anteriores.

El desarrollismo tiene una visión global y una específica; esta última se ubica en el plano del análisis empírico, en el cual es concebida como el *continuum* folkurbano que expresa, en la esfera del mundo social, una continuidad gradual y progresiva entre lo rural y lo urbano. Esta visión funcionalista del *continuum* tuvo gran influencia en la antropología y en las ciencias sociales de esos años.

Entre los principales exponentes que plantean el paso de una sociedad tradicional a una moderna en América Latina están: R. Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*, 1940; en una perspectiva sociológica, B. Hoselitz con *Sociological Factors in Economic Development*, o su texto sobre *Economic Growth in Latin America*. En esta perspectiva, el más importante exponente latinoamericano fue sin duda Gino Germani, con su texto *Política y sociedad en una época de transición*, 1962, quien centra el problema del subdesarrollo en una actuación arcaica hacia el poder de las clases dominantes, conceptualizadas como tradicionales.

Este período muestra un rasgo distintivo: los estudios sobre la “realidad mexicana” pasan de ser una apología heroica de personajes que dan forma a gobiernos a una visión más estructurada de análisis de instituciones y formas de gobierno. En dicha época se inicia la apología de la paz revolucionaria, en la que la estabilidad política se concibe como la clave del desarrollo económico. México se perfilaba como un paradigma frente a América Latina.

El desarrollismo se mantuvo hasta más allá de la mitad de los años sesenta y presionó al mundo académico para que diera una visión global de los fenómenos sociales y políticos. Esta visión analítica comparativa entre desarrollados y subdesarrollados, o entre distintas etapas del desarrollo, rompe los márgenes de la singularidad de los procesos y acontecimientos históricos mexicanos, prejuicio del nacionalismo revolucionario que permeó a un mundo académico poco profesionalizado en la primera mitad de nuestro siglo.

Frente a la visión cepalina del subdesarrollo o los textos de Rostow o Prebisch, la literatura francesa hace también su aportación a la concepción del “otro mundo” no metropolitano. Entre las múltiples denominaciones que “los otros países” recibieron por parte de la intelectualidad francesa, se encuentra el texto de Pierre Gourou, *Les Pays Tropicaux*, publicado en Francia en 1947 y en México en 1959, o el ya clásico texto de Raymond Barre, *El desarrollo económico*, publicado en Francia en 1958 y en México en 1962. Este texto —surgido de un ciclo de

conferencias en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Oporto (la entonces Europa subdesarrollada)— fue importante para la formación académica de sociólogos, politólogos y economistas mexicanos.

Para Raymond Barre, el problema del desarrollo económico es el más agudo e importante del mundo actual. En esos años, “la igualdad de los hombres era [según el autor] el elemento central de las ideologías nacionales e internacionales; el subdesarrollo expresa desigualdades intolerables en el plano moral y político”.²²

Hacia finales de los cincuenta, América Latina vería aparecer una alternativa para el subdesarrollo, distinta de la planteada por la CEPAL. Esta otra visión fue dada por el triunfo de la Revolución cubana, acontecimiento que tuvo profunda repercusión en las concepciones sociales del continente, aumentando el peso del análisis histórico a través del marxismo y su postulado del materialismo histórico.

En esta otra concepción de América Latina, el pensamiento de izquierda es fundamental. El texto que inaugura la colección de Casa de las Américas, *¿Revolución en la Revolución?*, de Regis Debray,²³ es un deslinde frente al papel desempeñado por los Partidos Comunistas tradicionales y una apología del movimiento guerrillero a partir de la experiencia cubana. Se inicia la época de la guerrilla latinoamericana.

A mediados de los años sesenta, parte importante de la literatura de izquierda fueron los textos anticoloniales, en donde África aparece como la compañera de ruta en la liberación latinoamericana.

Los textos anticoloniales más significativos provienen también de Francia. ¿Quién puede olvidar el *best seller* *Los condenados de la tierra?*, de Frantz Fanon,²⁴ y el prefacio de Jean Paul Sartre (FCE, 1963), quien el 10 de diciembre de 1964 consolida su presencia mundial al no aceptar el premio Nobel de literatura. En ese mismo año, y como prueba del antirracismo que privaba en el ambiente, se le concede a Luther King el premio Nobel de la Paz (14 de octubre de 1964). Actos anticoloniales y antirracistas complementan las manifestaciones en Berkeley y el barrio latino de París en contra de la guerra de Vietnam, e inician la larga carrera de politización que emprendería la joven generación de la posguerra.

En este período aparecen los nuevos pensadores de la sociología estadounidense, que confrontan, dentro de la tradición estructural-funcionalista, a sus propios clásicos. La tradición de la sociología estadounidense tiene su momento de consolidación como tradición de pensamiento en 1937, con la publicación del texto de Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, trabajo que recupera las tesis weberianas y frente al cual surge la nueva sociología. La consolidación de esta concepción sociológica se asienta con la obra ya clásica de Robert Merton, *Teoría y estructura sociales*.

²² Raymond Barre, *Le développement économique, analyse et politique*, Institut de Science Économique Appliquée, París, Francia, 1958. Versión en español: *El desarrollo económico*, México, FCE, 1958, 114 pp.

²³ Regis Debray, *¿Revolución en la Revolución?*, La Habana, Casa de las Américas, 1967.

²⁴ Véase también Frantz Fanon, *Sociología de una revolución*, México, Ediciones Era, 1966.

La tradición sociológica estadounidense es revisada a principios de la década de los sesenta por una corriente de pensamiento emergente. Sin duda, uno de sus principales representantes es Wright Mills, y *La imaginación sociológica*, la otra lectura dentro de la tradición sociológica estadounidense de sus clásicos. Wright Mills escribe a principios de los años sesenta una defensa de la Revolución cubana, *Escucha, yankee*, la cual será uno de los pilares teóricos de lo que se conoce como la *new left*, corriente que tiene su órgano más importante en la revista *Monthly Review, An Independent Socialist Magazine*.

Los años sesenta son los de la revuelta y el final de la convicción en la bondad democrática metropolitana. La llamada "sociedad industrial avanzada", triunfante en contra del fascismo y defensora de la democracia frente al totalitarismo del bloque comunista, empieza a dejar de ser percibida como tal por quienes viven dentro del "paraíso". La crítica social interna empieza por desagregar el mundo feliz; el existencialismo se confirma como movimiento contestatario y la felicidad se vuelve enajenación.

Es la época de *Eros y civilización*, de Herbert Marcuse, publicado en Boston en 1953 y traducido por Joaquín Mortiz en 1965, y el mundo del *Hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad avanzada*, aparecido en febrero de 1968, sólo unos meses antes del movimiento estudiantil. Éstos son los textos que los intelectuales y los jóvenes urbanos universitarios comentan en los cafés de la "Zona Rosa" con la *nouvelle vague*, la libertad sexual y la "pareja abierta". Para ellos, Simone y Paul son una mezcla de paradigma y familiaridad *snob*. En este ambiente intelectual y contestatario aparece el trabajo de André Gorz, *Historia y enajenación*, 1964 (edición en francés, 1959).

Sin embargo, la coherencia ideológica de sociedad industrial desarrollada se resquebraja no sólo por dentro. A mediados de los años sesenta se elaboran las respuestas sistemáticas a la teoría del desarrollo. Esta nueva visión surge bajo el postulado de que América Latina no es "subdesarrollada" sino "dependiente". Es decir, no va llegar a ser, sino que ya es.

LAS CRÍTICAS AL DESARROLLISMO

Al inicio de la década de los sesenta, la marcada desigualdad en la distribución del ingreso y la participación cada vez mayor de los capitales extranjeros en la economía pueden ser considerados como factores que alteran las hipótesis presentadas por los desarrollistas en lo que se refiere al desarrollo autosustentado.

En este sentido, la primera vertiente crítica fue la realidad social latinoamericana; la segunda se desglosa en una serie de teorías que en el fondo son profundas deudas del desarrollismo y buscan explicar las causas del no desarrollo autosustentado así como sus posibles salidas.

Una primera crítica teórica al desarrollismo surge como economía política con una fuerte dosis de análisis histórico y sociológico, lo que origina una visión dinámica del desarrollo latinoamericano, para la cual no hay una tendencia al pase

automático de una fase inferior de desarrollo a otra superior. Por lo contrario, la tendencia más factible es la perpetuación del subdesarrollo. Esta propuesta teórica, planteada por Celso Furtado a principios de los años sesenta, parte de una seria crítica a la teoría rostowiana de las etapas del desarrollo, pues ésta no explica el hecho principal: el tránsito de las formas de producción tradicionales a las formas de producción industrial.

Para Furtado, en la base de los sistemas de organización social y de estructuración del poder se encuentran las formas de apropiación y utilización del excedente, que son la base de la teoría del desarrollo. De igual modo, en el control de las estructuras de poder —al igual que en la apropiación y utilización del excedente por parte de grupos no motivados principalmente por la actividad productiva— residen los más grandes obstáculos para el desarrollo de los países subdesarrollados.²⁵

Una de las críticas a la concepción desarrollista del tránsito de *folk* a urbano fue hecha desde un análisis particular de la sociedad mexicana, mediante la propuesta del colonialismo interno. Esta concepción parte del supuesto del carácter pluricultural de las sociedades latinoamericanas y del sentido dual de las relaciones políticas, sociales y económicas mediante las cuales se realiza la explotación y dominación entre grupos culturalmente distintos.

El ladino no era —para la concepción del colonialismo interno— expresión de tránsito a un estado social superior en el desarrollo frente a una sociedad tradicional —“prenewtoniana”, como diría Rostow— de carácter indígena, sino el representante de una estructura de dominación nacional superpuesta a las comunidades indígenas.²⁶

Otra vertiente crítica fue desarrollada por la teoría de la dependencia, que busca recuperar la especificidad latinoamericana a partir del análisis genético-histórico y romper con la noción evolutiva y sincrónica por etapas de desarrollo, tal como había quedado postulada en la teoría rostowiana o en el proyecto general para América Latina elaborado por Prebisch.

La dependencia como teoría abrevia en varias fuentes sociológicas: el marxismo, o parte importante de éste, llega mediante las lecturas de los jóvenes latinoamericanos en el barrio latino parisino; los postulados weberianos sobre la metodología y la acción social (transmitidos mediante la sociología de la acción y la sociología de los movimientos sociales) desarrollada por Alain Touraine en su seminario de la École des Hautes Études en París o en sus estancias en la FLACSO, Chile, donde se formaron los jóvenes sociólogos dependencistas.

Podemos afirmar que detrás del clásico latinoamericano *Dependencia y desarrollo*, de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (México, Siglo XXI Editores, 1977), está su texto fuente, *La Production de la Société*, de Alain Touraine, clásico de la sociología francesa, que en breve se publicará en lengua española.

²⁵ Celso Furtado, *Teoría y política del desarrollo económico*, México, Siglo XXI Editores, 1968, pp. 120-121.

²⁶ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Ediciones Era, México, 1965. Este concepto dio origen a una polémica con Rodolfo Stavenhagen.

La teoría de la dependencia rehace la historia de América Latina, la cual deja de concebirse como una sucesión de etapas de desarrollo y pasa a constituirse como un *continuum* con períodos significativos y coyunturas de inflexión.

En el inicio de la segunda mitad de la década de los sesenta ocurre un hecho editorial significativo que reafirma los vínculos entre los intelectuales franceses y los latinoamericanos. Este acontecimiento se llama *Aportes*, revista del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, con sede en París, y aparecida en julio de 1966, bajo la dirección de Luis Mercier Vega y la gerencia de Jean-Yves Bouedo.

En su primer número aparecen dos artículos significativos en la cultura sociológica latinoamericana: el de Carlos Fayt, “El fenómeno peronista”, y el ya clásico texto sobre “Las élites en América Latina”, de Françoise Bourricaud, acompañado de “Un inventario de los estudios en ciencias sociales sobre América Latina”. A estos nombres se sumarán los de Gino Germani, Albornoz, Aldo Solari, Glaucio Dillon Soares, Orlando Fals Borda, Helio Jaguaribe y el de uno de los grandes maestros de las ciencias sociales en América Latina, Florestan Fernandes, amigo personal de Braudel y Lévi-Strauss.

Esta revista francolatinoamericana no sólo quedó abierta a ambos mundos, fue también el espacio en donde aparecieron textos de las otras sociologías o politologías. En *Aportes*, los jóvenes latinoamericanos y franceses interesados en esta parte del mundo pudieron leer trabajos tan importantes como el de David L. Raby sobre el “Cardenismo” o el de Burke y Malloy sobre “Populismo y corporativismo en Bolivia”.

Una nueva perspectiva frente a la teoría del desarrollo y la modernidad fue la propuesta analítica elaborada a principios de los años setenta por Eisenstadt en su trabajo *Modernización, movimientos de protesta y cambio*, que inaugura una nueva perspectiva dentro de las teorías de las fases en donde la modernización no desemboca en un sistema funcional y democrático.²⁷

EL MARXISMO

En el mundo académico mexicano, el marxismo tiene un período formativo de cerca de diez años, aunque su versión militante se remonta a la década de los veinte. El marxismo académico detona a partir de la Revolución cubana y se asienta con el movimiento estudiantil de 1968. Estos dos hechos dejaron su impronta en la actividad intelectual, la cual dio origen a una teoría social comprometida, que se fue transformando a lo largo de la década de los setenta en una de las teorías hegemónicas de la interpretación social, hasta quedar convertida en una verdadera filosofía social y de la historia, con un acendrado determinismo

²⁷ S. N. Eisenstadt, *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1968.

económico y un postulado político autoritario y excluyente, que en su visión más radical fue incapaz de dialogar con las otras visiones del mundo.

En una sociedad en donde los problemas agrarios eran significativos, todavía en los años setenta, el marxismo mexicano dio prioridad a varias de las categorías del conjunto que forman esta teoría y fueron la clave en la explicación de América Latina y México.

Las categorías “modo de producción”, “formación económica social” y “renta de la tierra” fueron centrales para explicar origen y límites de la conformación de la realidad agraria latinoamericana. El uso de estas categorías llegó a ser el marco explicativo que sustituyó a la etnohistoria y politizó a la antropología social, heredera del funcionalismo y de la Escuela de Chicago.

En la concepción marxista de los problemas agrarios aparecen los teóricos franceses que formaron a los analistas mexicanos. Entre ellos está Henri Lefevre, con sus trabajos: “La teoría marxista leninista de la renta de la tierra”, en *Estudios Sociológicos sobre la Reforma Agraria*, UNAM, 1964, o “De lo rural a lo urbano”, Barcelona, Ed. Península, 1971; Godelier²⁸ o Michel Gutelman, con su trabajo *Capitalismo y reforma agraria en México*, México, Ed. Era, 1974. Este último trabajo es, sin lugar a dudas, la visión francesa más acabada sobre la reforma agraria mexicana.

Sin embargo, el marxismo tuvo una deformación central: reducir la riqueza de la interacción social a la acción de dos clases sociales y fundar el sentido del movimiento social en la historia, en una visión teleológica cuyo fin era su noción de libertad, fundada en el cambio de los términos de la dominación de una de estas dos clases por la otra, el proletariado.

El postulado de centralidad marxista redujo la interacción social y los posibles sentidos en la historia, a la mutación del análisis de clases en el análisis de una sola clase: el proletariado, y el estudio de la interacción social y de la relacionalidad entre Estado y sociedad al conocimiento de la dominación política.

La fuerte carga ideológica de la práctica de la investigación social se vinculó con una creciente militancia en los centros universitarios y tendió a empobrecer la práctica y la reflexión teóricas. En este período ocurren tres acontecimientos editoriales. El primero, llamado Louis Althusser (*Para leer El Capital* y *La Revolución teórica del marxismo*); el segundo fue la obra de Martha Harnecker, discípula del primero y autora de *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico*, aparecido en 1969 y que para 1980 logró su cuadragésima segunda edición; el tercero perturbó totalmente la conciencia intelectual militante: *Clases sociales y poder político en el estado capitalista*, texto en francés escrito por el griego Nicos Poulantzas.

La ya mencionada obra de Alain Touraine también influyó en el surgimiento de una corriente orientada a estudiar los movimientos sociales que dejó una impronta en el desarrollo intelectual latinoamericano y formó a una generación de jóvenes estudiosos de la realidad latinoamericana, entre los que se encuentran los mejores analistas mexicanos sobre el movimiento estudiantil de 1968.

²⁸ Maurice Godelier, *Las sociedades primitivas y el nacimiento de la sociedad de clases según Marx y Engels*, Ed. La Oveja Negra, Medellín, Colombia, 1969.

La categoría “movimientos sociales” se desparramó por las investigaciones del mundo agrario y las de la ciudad, apuntaló los estudios sobre las acciones populares y abarcó toda una nueva gama de temas y actores, convirtiéndose en el eje analítico de una acción social múltiple y polivalente. De esta diversidad temática dio muestras la *Revista Mexicana de Sociología*.²⁹ Se trata de la última gran perspectiva teórica generalizada en el análisis sociológico.

Una extensión importante de la sociología de los movimientos sociales, combinada con el marxismo,³⁰ fue el estudio de los movimientos sociales urbanos y, a través de ellos, de la sociología urbana. Entre los fundadores se encuentran Manuel Castells,³¹ a quien se sumó Cristian Topalov, Edmond Preteceille y Henri Coing.

Hacia mediados de los años ochenta, las grandes cosmovisiones empezaron a ceder su lugar a otro tipo de investigaciones. La microinvestigación y el estudio de lo particular, con una gran carga empírica o documental, hacía evidente que los tiempos de las grandes preguntas y la búsqueda de los sentidos de largo plazo se habían agotado. La gran cosmovisión, cuya salida fue en muchos casos una respuesta ideológica, cedió su espacio en el conocimiento de lo social a los estudios regionales, a las microhistorias y a los estudios de caso.

Diversos acontecimientos y cambios políticos nacionales hacia finales de los años ochenta³² hicieron que la explicación se construyera a partir de acciones particulares, más que de sus contenidos abstractos y tendencias. Es una época en la que el Estado redefine sus funciones y sentidos. El cambio tiene varias aristas teóricas y analíticas en las cuales el pensamiento francés resulta importante. Los trabajos de Crozier y sus análisis sobre el “Estado moderno, como Estado modesto”, o sobre la burocracia o la relación entre la libertad de los actores sociales y los sistemas de instituciones organizados y coherentes, se complementa con los de sus colegas Pierre Birnbaum o Bertrand Badie, que han producido algunos de los más lúcidos análisis contemporáneos de la pretendida racionalidad moderna.

En el ámbito de la sociología política, el peso cada vez mayor en el análisis de las políticas públicas y de la racionalidad en la toma de decisiones —heredera de la corriente *eastoniana* de la década de los setenta— ha permeado el análisis social de un nuevo racionalismo empírico.

²⁹ Entre otros el trabajo de Ignacio Levy, “Los movimientos rurales en México y la reforma agraria: estudio de cuatro ejidos”, vol. 39, núm. 3 (jul.-sep. de 1977), pp. 951-984; Steven E. Sanderson, “La lucha agraria en Sonora, 1970-1976: manipulación, reforma y la derrota del populismo”, vol. 41, núm. 4 (oct.-dic. de 1979), pp. 1181-1232; Samuel León, “El Comité Nacional de Defensa Proletaria”, vol. 40, núm. 2, (abr.-jun. de 1978), pp. 729-762.

³⁰ Jean Lojkin, *El marxismo, El Estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI Editores, 1979 (Presses Universitaires de France, 1977).

³¹ Manuel Castells, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI Editores, 1974 (Françoise Maspero, 1972).

³² El terremoto de 1985, las elecciones de Chihuahua, la escisión de la corriente crítica y la fundación del PRD, el aumento del peso político del PAN, la política neoliberal y la contracción del peso social del Estado.

En el estudio de las conductas colectivas, el análisis empírico contemporáneo se ha reforzado por medio de los estudios sobre opinión pública, por encuestas o mediciones de conductas posibles mediante los grupos focales. Estas técnicas aplicadas en la mercadotecnia se han transpuesto al análisis de las conductas electorales bajo la categoría de “mercado electoral y oferta política”.

Dos nuevos temas se debaten hoy en las ciencias sociales: el problema de la modernidad y el de la cultura, los valores, las orientaciones, las creencias, como el sustento de la acción y las conductas colectivas que obsesionan el imaginario sociológico y politológico contemporáneo.

La revisión de este itinerario deja un sabor de boca francés y una conclusión innegable: la cultura francesa es parte ineludible del diálogo culto y sistemático del pensamiento social mexicano.

Este diálogo ha sido posible sólo gracias a la formación francesa de los jóvenes intelectuales mexicanos, influencia que ha renovado, durante más de medio siglo, a la élite de la intelectualidad nacional y que un estudio sistemático sobre las generaciones de pensadores mexicanos corroboraría.